

**“ LA
MUJER
NO
EXISTE ”**

Jacques Lacan

ASOCIACIÓN MUNDIAL DE PSICOANÁLISIS

SCILICET

BAJO LA DIRECCIÓN DE JACQUES-ALAIN MILLER

SCILICET

LA MUJER NO EXISTE

Cors, Raquel

Scilicet : la mujer no existe / Raquel Cors. - 1a ed. - Olivos : Grama Ediciones, 2022.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8941-01-1

1. Psicoanálisis. I. Título.

CDD 150.195

Bureau de la Asociación Mundial de Psicoanálisis

Angélica Harari

Jésus Santiago

Dominique Laurent

Directora de la Gran Conversación virtual internacional

Christiane Alberti

Comisión científica de la Gran Conversación virtual internacional

Consejo de la AMP, directora de la Gran Conversación internacional y

Jacques-Alain Miller

Tapa, concepción gráfica: © Justine Fournier

www.grandesassisesamp2022.com

Primera edición en formato digital: marzo de 2022

Versión: 1.0

Digitalización: Proyecto 451

ASOCIACIÓN MUNDIAL DE PSICOANÁLISIS

SCILICET

La mujer no existe

GRAN CONVERSACIÓN VIRTUAL INTERNACIONAL

PARÍS, 2022

Dirección de la publicación

Raquel Cors, presidenta de la Nueva Escuela Lacaniana de Psicoanálisis (NEL)

Coordinación de responsables de las Escuelas de la AMP por este volumen

Anaëlle Lebovits-Quenehen

Responsables de la edición

ELP	Vilma Coccoz
EOL	Alejandra Glaze
NEL	Felipe Maino
EBP	Ondina Machado y Camila Popadiuk
ECF	Fabián Fajnwaks
NLS	Pamela King
SLP	Giulia Grillo

Más uno de carteles

EBP	Sérgio Laia, Rômulo Ferreira da Silva, Marcelo Veras
ECF	Esthela Solano Suarez, Marie-Hélène Brousse, Philippe Hellebois, Francesca Biagi Chai, Agnès Aflalo
ELP	Estela Paskvan, Anna Aromí, Araceli Fuentes
EOL	Fabián Naparstek, Mónica Torres, Silvia Tendlarz, Osvaldo Delgado, Flory Kruger
NEL	Mario Elkin Ramírez, Juan Fernando Pérez
NLS	Ruzanna Hakobyan, María Cristina Aguirre
SLP	Laura Cecilia Rizzo, Adele Succetti

Traducciones

INGLÉS	<i>Neus Carbonell</i> (coord.), Claudia González, Regina Menéndez, Eric González, Howard Rouse, Roger Litten
FRANCÉS	<i>Carolina Koretzky</i> (coord.), Mari Paz Rodríguez, Perla Drechsler, Lore Buchner, Liliana Aguilar, Beatriz Vindret, Ricardo Schabelman, Soledad Penafiel, Adriana Campos, Liliana Redon, Guillermina Laferrara, Ana Cecilia González, Nicolás Landriscini, Luis Iriarte, Christiane Alberti, Philippe Hellebois
ITALIANO	<i>Graciela Lucci</i> (coord.), Ennia Favret, Deborah Liberman, Tomas Verger, Natalia Paladino
PORTUGUÉS	<i>Paola Salinas</i> (coord.), Gabriela Medin, Gabriella Dupim, Ana Ibáñez, Silvina Rojas, Mariela Praderio, Flávia Machado Seidinger Leibovitz, Carolina Vignoli, Marlon Cortez, Aliana Santana, Nohemí Brown

Corrección y establecimiento de textos:

Responsables: *Lizbeth Ahumada* (coord.) | **NEL** Jessica Jara, Rosa Lagos, Francisco Pisani, Carolina Puchet, Giancarla Antezana, Paulina Salinas | **ELP** Erick Gonzalez,
María Guardarucci, Blanca Medina de Toro, Gracia Viscasillas | **EOL** Dolores Amden, Lucía Marquina, Mariana Schwartzman

Revisión de maqueta: Mónica Lax

Maqueta: Grama ediciones

Índice de contenido

Introducción | **La mujer más pequeña del mundo** -
Angelina Harari

Apertura | **Semblantes entre los sexos** - *Jacques-Alain
Miller*

Argumento | **La mujer no existe** - *Christiane Alberti*

Anatomía, identificación, subjetivación

Presentación - Sérgio Laia

Más allá de la materialidad del cuerpo - Rosanna
Tremante

Del significante encarnado - Andrea V. Zelaya

Solo las mujeres se identifican - Carole
Dewambrechies-La Sagna

Mujeres *trans* más allá de la psicosis - Russell Grigg

Castración

Presentación - Flory Kruger

Jugar con *lalengua* - Laura Valcarce

Lo que hace agujero - Nohemí Brown

La dialéctica del hetero - Claudio Morgado

El prestigio del falo en declive - Gil Caroz

Objetos *a*

Presentación - Fabián Naparstek

El silencio de La mujer - Margarita Álvarez

Color de vacío - Cleide Pereira Monteiro

La nada - Sonia Chiriaco

Tomar al otro por su alma - Roberto Bertholet

Declinaciones de la falta

Presentación - María Cristina Aguirre

Falta del objeto, objeto de la falta - Daniela de Camargo Barros Affonso

De la falta, no espero nada - Carlos Rossi

Gozar de la privación - Chantal Bonneau

Sin nombre - Joaquín Carrasco

Masculino/Femenino

Presentación - Mónica Torres

El error común - Susana Huler

El futuro de la pulsión parcial - Adrián Scheinkestel

Consentir a la feminidad - Bernard Seynhaeve

El goce en tanto tal - Alejandra Hornos

Nombre del Padre y *père-version*

Presentación - Mario Elkin Ramírez

Père-versamente orientado - Concha Lechón

A partir de la interpretación - Laurent Dupont

Soluciones en la psicosis - Inés Sotelo

Más allá de las normas y de la anatomía - Els Van Compernelle

Forma femenina del deseo

Presentación - Anna Aromí

El fantasma, el decir y lo que resta - Viviana Mozzi

Del *pathos* al no-todo - Valeria Sommer Dupont

El matema del deseo de la mujer - María José Gontijo Salum

Despegue del deseo - Cyrus Saint Amand Poliakoff

Fantasma en femenino

Presentación - Ruzanna Hakobyan

To be the phallus or not to be - Caroline Leduc

Versiones *ready made* - Ana Cecilia González

Odioenamoramiento (*hainamoration*) y feminicidio - Heloisa Caldas

Suplir la no relación sexual - Peggy Papada

Duda e insatisfacción

Presentación - Osvaldo Delgado

Una defensa frente al no-todo - José Lachevsky

Modos de respuesta - Roger Litten

La insatisfacción histérica - Jean Luc Monnier

Afectos imprevisibles - Laura Pacati

Síntoma y *sinthome*

Presentación - Juan Fernando Pérez

Una respuesta al agujero - Leonora Troianovski

Creer allí - Rachele Giuntoli

Cuestión de escritura - Pilar Ordóñez

El equívoco y la nominación - Guy Poblome

Goce suplementario

Presentación - Esthela Solano-Suarez

Entre centro y ausencia - Hélène Bonnaud

De-limitada - Pepa Freiría

Una evidencia oscura - Fernanda Otoni Brisset

Del goce Uno - Adriana Laión

Heterosexualidad

Presentación - Marcelo Veras

Del Uno al Otro - Claudia Velásquez

Lo que ama a las mujeres - Beatriz González-Renou

Una ética - Andrés Borderías

Hacia la opacidad irreductible - Bruno de Halleux

Amor

Presentación - Marie-Hélène Brousse

Una carrera sin límite - Jacqueline Dhéret

Un estilo erotomaníaco - Nicolás Bousoño

En la *père-version* - Pasquale Indulgenza

Gozar de ello - Jorge Sosa

Estrago y arrebató

Presentación - Adele Succetti

Goce-ausencia (*Jouissabsence*) - Marie-Hélène
Blancard

Entre soledad y desaparición - Sara Bordó

La mirada en Santa Teresa - Elvira Dianno

Lol V. Stein, un-ser-de-a-tres - Celeste Stecco

Mujer, más real

Presentación - Silvia Elena Tendlarz

El acto de una verdadera mujer - Rodrigo Lyra
Carvalho

Frailty, thy name is woman - Daniela Fernández

Sabina Spielrein, en los confines de la feminidad
Florescia Fernández Coria Shanahan

El acto de Medea - Angèle Terrier

La Diosa blanca

Presentación - Agnès Aflalo

La mujer como un Nombre del Padre - Esteban Klainer

El semi-dios y la Divina - Deborah Gutermann-Jacquet

Máscaras del heteros - Paola Bolgiani

No todas locas, no locas del todo - Esperanza Molleda

Empuje a la mujer

Presentación - Estela Paskvan

Voluptas - Marcela Antelo

Eviración - Philip Dravers

Un empuje a la excepción - Sophie Marret-Maleval

Un amor muerto - Belén Zubillaga

No-todo

Presentación - Laura Cecilia Rizzo

Sin medida - Bernard Lecoœur

Hacer pasar - Beatriz Udenio

La nada no es el vacío - Cristiano Lastrucci

El germen lógico de lo femenino - Amanda Goya

Otro para sí misma

Presentación - Rômulo Ferreira da Silva

Genealogía de un matema - Philippe de Georges

Clínica de la sexualidad femenina - Martha Maside

Goce que se desdobra - Edna Elena Gómez Murillo

La posición femenina de Joyce - Katty Langelez-Stevens

Lalengua

Presentación - Araceli Fuentes

Lo indecible en femenino - Heloisa Prado Telles

La lengua secreta de las mujeres - Graciela González Horowitz

El estrago del Verbo - Sophie Gayard

Lo que queda, queda escrito - Renato Andrade

Existir no es ser

Presentación - Philippe Hellebois

Hacia una clínica de la resonancia - Giancarla Antezana

Leer la letra - Damasia Amadeo de Freda

Sentido y escritura - Bénédicte Jullien

Una lógica heterodoxa - Luis Francisco Camargo

Usos de lo femenino

Presentación - Francesa Biagi-Chai

Inconsistencia de lo femenino - Matteo Bonazzi

¿Cómo escribirlo? - Patricia Tagle Barton

Masculinas feminizaciones - Pierre Sidon

Que ella exista es un sueño de mujer - Gabriela Grinbaum

Nuestro agradecimiento a Eve Miller-Rose por sus
sabios consejos.

La mujer más pequeña del mundo (1)

Angelina Harari | PRESIDENTE DE LA AMP

Para introducir el noveno volumen de la serie *Scilicet*, desandaré los pasos del primer volumen tal como ha sido concebido por sus redactores (Graciela Brodsky, Eric Laurent y Antonio Di Ciaccia). El *Scilicet de los Nombres del Padre*, un diccionario al modo de Voltaire, que abordaba el tema del V Congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis que se realizaría en Roma en 2006, buscando contribuir a su preparación científica.

Se trataba de cien artículos ordenados alfabéticamente, distribuidos entre psicoanalistas, miembros de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Cada uno de sus autores se consagró a tratar un aspecto del tema de los Nombres del Padre y a problematizarlo, sin no obstante proponer un recorrido exhaustivo. La idea de un diccionario *Scilicet* se ha basado en la Enciclopedia china imaginada por Borges en “El idioma analítico de John Wilkins”.(2) Desde entonces, otros siete volúmenes han aparecido en ocasión de cada congreso de la AMP y según dicho modelo editorial. Así, en ocasión de cada Congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, el *Scilicet* constituye una herramienta esencial al servicio del saber expuesto de los psicoanalistas, siendo

cada uno de los autores de esta obra colectiva miembro de alguna de las siete Escuelas de la AMP.

El octavo volumen *Scilicet-sueño* (2020) introdujo un nuevo formato y concepto respecto a la serie precedente. La elaboración de los textos se efectuó en el seno de carteles mayormente multilingües, que reunían cada uno cuatro autores. El número de los ítems se redujo a veintidós con el fin de aspirar a una “elaboración sostenida en pequeños grupos”, como la ha definido Jacques Lacan. A cada cartel se le ha atribuido uno de los veintidós ítems para elaborar igual número de textos de orientación. Hacer existir carteles inter-Escuelas, que fuesen capaces de superar la barrera lingüística, ha sido el principal desafío de este cambio editorial. Este noveno volumen *Scilicet*, bajo el título de la *Gran Conversación virtual internacional, La mujer no existe*, prolonga este cambio y, en consonancia con el formato de videoconferencia de esta conversación, adoptó el modo e-book.

Inaugurando el presente volumen, tenemos una vez más la alegría de ofrecer a los lectores un texto de orientación extraído de una conferencia de Jacques-Alain Miller dada en Buenos Aires en 1992, bajo el título “De los semblantes entre los sexos”.

A modo de introducción al tema de este volumen, haré referencia al cuento de una escritora brasileña, Clarice Lispector, cuya sarcástica elocuencia es adecuada para figurar el tema de “la mujer no existe”.

En una región remota del centro del Congo, un día un explorador descubre una tribu con los mas pequeños pigmeos del mundo, los Likoualas. Era una tribu casi extinguida, dado que sus miembros eran cazados y comidos por los Bantos. En esta tribu, cuyos miembros vivían sobre

los árboles para protegerse de sus predadores, el explorador descubrió una extraña criatura de 45 cm de altura: era la mujer más pequeña del mundo. Para poder ordenar un poco la perturbación suscitada por aquello que había visto, decidió darle un nombre: Pequeña Flor. Y pensó que: “No había esmeralda tan extraordinaria”, y especialmente porque esta pequeña mujer llevaba un bebé en su vientre. El cuento relata que la foto de Pequeña Flor ha sido publicada en tamaño real en el suplemento de un periódico. Tras dicha publicación, la condición singular de esta pequeña mujer ha suscitado en los lectores “las más desconcertantes pulsiones”: una cierta “perversa ternura” y una “cruel necesidad de amar” empujadas “por la malignidad de nuestro deseo de ser felices” o incluso “por la ferocidad con la que queremos jugar”, obligando a reconocer “el deseo de poseer esa cosa chiquita e indomable” para sí mismos. Esto hacía percibir la facilidad con la que cada uno puede tomar a alguien por objeto, animado por el deseo de tener un ser humano solo para sí. Viendo a esta cosa extraña sonreír, el explorador sintió un cierto malestar: “la mujer más pequeña del mundo se estaba riendo”, esta pequeña y extraña mujer gozaba de la vida, y ello a pesar de la posibilidad de ser devorada. Era en ella “el sentimiento más perfecto”, como lo formula la autora. “Pequeña flor” encarna, en este sentido, la alteridad de lo femenino como tal. Este cuento ilustra así que, por su exotismo y su rareza, esta criatura “color de mujer” suscita toda suerte de violencias: la dominación, la posesión, la crueldad. La intolerancia se centra en la diferencia como tal, sea cual fuere.

De la lectura de Clarice Lispector, el lector no sale indemne. Este cuento pone de relieve que la parte llamada

femenina se encuentra estructuralmente exiliada, nunca en su lugar, como lo formula Christiane Alberti retomando la proposición que Lacan formula en 1955: “El orden simbólico es androcéntrico”. Supone destacar que “el lugar de la mujer permanece esencialmente vacío”, según la proposición de Jacques-Alain Miller. La Gran Conversación tiene así la ambición de una interrogación de lo que puede encontrarse en ese lugar, incluso si permanece vacío. ¿Cuáles son las formas actuales del deseo de la mujer?

Con Lacan, hemos aprendido que el orden simbólico es inconsistente, que está agujereado por lo real, pero también que hay un real propio del psicoanálisis, disyunto de todo universal: un real sin ley. En cuanto al siglo XXI, ¿se trata de un nuevo orden simbólico? ¿O bien del orden simbólico de siempre, con semblantes que lo acompañan y varían a merced de los discursos de la época? Se trataría más bien, como lo dijo J.-A. Miller, de la dictadura del plus de gozar que sacude los semblantes producidos por el psicoanálisis: el padre, el Edipo, la castración, la pulsión, etc.⁽³⁾ Es lo que empuja a nuestra comunidad de trabajo a un esfuerzo constante/continuo, incesante, para responder por las consecuencias de nuestra práctica y la manera de considerar lo real del inconsciente en el siglo XXI.

TRADUCCIÓN: LORE BUCHNER

1. Lispector, C., *Cuentos completos*, trad. de Paula Abramo, México, Fondo de Cultura Económica, 2021.

2. Borges, J. L., *Otras inquisiciones* (1937-1952), Buenos Aires, Sur, 1952.

3. Cf. Miller, J.-A., “Una fantasía”, *El psicoanálisis*, n° 9, Revista de la ELP, 2005.

Semblantes entre los sexos

Jacques-Alain Miller

La raza de las mujeres

Hesíodo fue probablemente el primero en hablar, en su *Teogonía*, matriz de una enorme cantidad de mitos, de *la raza de las mujeres: genos gynaikon*.(*) A partir de este autor en la literatura griega de la Antigüedad, se habla de las mujeres en términos de *ikelon*, que significa *semblante, copia*; de *dolos*, que significa *trampa*; de *penia*, que significa *calamidad*. Podemos decir pues que ya desde hace mucho tiempo se comenzó a calumniar a las mujeres.

Semónides, de la ciudad bien nombrada Amorgos, había escrito un poema llamado *lambe*, en el cual no hablaba de *genos gynaikon*, sino de *tribus de mujeres*. En ese poema, recientemente reeditado en Inglaterra, enumera *las* mujeres. Este poema es un catálogo -seguramente hecho sin conocer el Don Juan de Mozart- que enumera tipos de mujeres y no las califica de *genos* sino de *phyla, especies*. La primera palabra de ese poema es la palabra *koris*, que se traduce *de lado*, pero que con Lacan se puede traducir como *según la diversidad* y no *según la unidad*.

Me atrevo a agregar un tipo de mujer a ese catálogo, es un tipo que vamos a encontrar en el transcurso de esta hora. Las citas mencionadas hacen pensar que la formulación de Lacan, *La mujer no existe*, solo hay *las*

mujeres, es algo bien conocido desde siempre, por lo menos desde los griegos. Hoy esta fórmula de Lacan es suficientemente conocida por el público para que podamos tomarla como punto de partida.

La mujer no existe no significa que el lugar de la mujer no exista, sino que ese lugar permanece esencialmente vacío. Y el hecho de que ese lugar quede vacío no impide que se pueda encontrar algo ahí. En ese lugar, no se encuentran más que máscaras, máscaras que son máscaras de nada, suficientes para justificar la conexión entre las mujeres y los semblantes.

La nada, el pudor y el respeto

¿A qué llamamos semblante? Llamamos semblante a lo que tiene la función de velar la nada. Por eso, el velo es el primer semblante. Como lo testimonia la historia y la antropología velar, cubrir a las mujeres, es una preocupación constante de la humanidad. Sin duda se cubre a las mujeres porque *la* mujer no se puede descubrir. Entonces solo queda inventarla.

En este sentido, llamamos *mujeres* a esos sujetos que tienen una relación esencial con la nada. Utilizo esta expresión con prudencia, pues todo sujeto, tal como Lacan lo define, tiene una relación con la nada, pero en cierto modo esos sujetos que son las mujeres tienen una relación más esencial, más próxima con la nada.

Freud pensaba ese lazo de las mujeres con la nada a partir de una nada corporal, una nada anatómica. En su artículo de 1932, Freud enumera algunas particularidades psíquicas de la maduración femenina, como se expresa, entre las cuales subraya el pudor como una intención inicial

de velar la ausencia del órgano genital. Hay ahí una paradoja con respecto al pudor. Vela la ausencia, según Freud, al mismo tiempo que la constituye, o sea que al velar también se crea, se hace nacer, se hace surgir algo.

Las variaciones históricas del pudor nos demuestran que es un invento que atrae la mirada hacia su ubicación. También, se podría decir que el pudor faliciza el cuerpo. No faltan testimonios de hombres, tanto en la literatura como en la clínica, que subrayan el valor fálico del pudor. El velo del pudor puede, según Freud, dar valor de falo a cualquier parte del cuerpo. El manejo del velo es entonces falicizante.

Hay poca distancia entre el pudor y el respeto. El respeto significa que hay algo que no se debe ver, que no se debe tocar. Como el pudor, el respeto apunta a la castración. ¿Respetar no es siempre respetar la castración? Por ejemplo, respetar al padre implica que se respete la distancia con él. ¿Qué es lo que se respeta en el padre sino es lo que decía Lacan, su cualidad de antiguo combatiente? Cuando hay respeto, la nada está siempre en juego y correlativamente los ultrajes pueden así tomar un valor erótico. En los grupos analíticos se observa a veces lo que Lacan señala como un respeto delirante, una demanda muy exigente de respeto por parte de los ancianos o de los que se ponen en esa posición. Por supuesto, esto es algo que tiene que ver con el hecho de que el analista no existe. Es porque *el analista* no existe que el respeto y sus susceptibilidades ocupan en el funcionamiento de un grupo analítico, aunque se trate de una Escuela, un lugar que puede considerarse excesivo.

Hacia una clínica femenina

De manera diversa respecto de Lacan, Freud se limitaba a una diferencia anatómica de la mujer, considerando que ella estaba marcada por un menos, que su castración era efectiva. Pero si se admite la construcción freudiana permanece la cuestión de la subjetivación de ese menos, es decir, saber qué sentido adquiere para el sujeto su *no-tener*. Freud propuso como significación fundamental de ese *no-tener* lo que llamó el *Penisneid*. Así se abren las puertas a lo que podríamos llamar clínica femenina. Sin ninguna pretensión de exhaustividad, podemos hablar ya de clínica femenina a partir de la conceptualización del menos. En este capítulo, evoquemos el lugar que toma el sentimiento de injusticia, tema que puede ocupar por entero sesiones de análisis. Podríamos hablar de un fantasma de injusticia fundamental, incluso decir, no dejaría de ser divertido, que el origen mismo del concepto de justicia se debe buscar en la queja femenina. Podríamos también hablar de la extensión, de la frecuencia, de la constancia de un sentimiento de desprecio, que también podemos situar, de manera un poco grosera, dentro del paréntesis de un sentimiento de inferioridad. La clínica de la inhibición tiene acentos distintos en la clínica femenina que en la de los hombres. No se trata solamente de inhibición con respecto al saber o al estudio, sino de un no tener derecho a saber. El no-tener se sublima en no tener derecho, es decir, en una ilegitimidad que no se encuentra en la clínica masculina con ese peso.

Freud puso el acento en los suplementos que el sujeto puede encontrar o inventar para ese menos fundamental con el que, según él, el sujeto se relaciona. Por eso dirigió la investigación analítica hacia los bienes que pueden llegar a colmar ese agujero del menos. Puso el acento en el obtener,

en el poseer. Y, de hecho, a Lacan mismo le encantaba señalar esa denominación de *la burguesa*, que en la lengua popular francesa puede ser el nombre de la esposa: *Mi burguesa*. Se significa así que es a ella a quien le corresponde especialmente cuidar del dinero de la familia.

También el niño fue tomado por Freud en esa serie y, en cierto sentido, la maternidad misma puede ser considerada como formando parte de la patología femenina. Transformarse en madre, en el Otro de la demanda, es transformarse en la que tiene por excelencia. La pregunta que queda abierta: ¿transformarse en madre es la solución de la posición femenina? Es una solución del lado del tener, y no es seguro que Freud haya elaborado otra solución para las mujeres.

Hay, sin embargo, otra solución, u otro registro de solución, que es la solución del lado del ser. La solución del lado del ser consiste en no colmar el agujero, sino en metabolizarlo, dialectizarlo, y en ser el agujero, es decir, fabricarse un ser con la nada. También de este lado se abre toda una clínica femenina, la clínica de la falta de identidad, que tiene en las mujeres una intensidad en nada comparable con lo que puede encontrarse en los hombres. Estamos casi obligados a hablar de un ser de nada y de un dolor específico de ese ser de nada. A la falta de identidad se suma una falta de consistencia, un sentimiento de fragmentación corporal. Esto puede ir lo suficientemente lejos como para hacer pensar en la psicosis y que estemos obligados a plantear un diagnóstico diferencial. En este mismo capítulo podemos situar la falta de control, ese afecto según el cual se siente que el dominio del cuerpo se nos escapa. Hay en la clínica femenina testimonios de dolor psíquico ligado a un afecto de no ser, de ser nada, como

momentos de ausencia de sí misma. También hay testimonios de una extraña relación con el infinito, que puede presentarse también a nivel de lo no finito, es decir, a nivel de un sentimiento de incompletud radical.

Conocemos la solución que consiste en ser ese agujero, pero en relación al Otro, como si para escapar a esa falta de identidad, una solución fuese desplazarla hacia el Otro, atacando su completud. Consiste en pensar que al Otro viril le falta un agujero, y ocuparse de encarnarlo. A esta variante de ser lo que le falta al Otro positivándolo, corresponde lo que Lacan ha aportado a la clínica bajo la expresión *ser el falo*. Hay que darse cuenta de que la expresión *ser el falo* implica ya cierto desprecio en cuanto al tener del Otro viril, una reducción del tener del Otro al semblante.

El acto de una verdadera mujer

Lacan no dice solamente *La mujer no existe*. Dice, además, que hay *verdaderas mujeres*, expresión que nos plantea un problema.

Entendemos que mujer y verdad puedan tener algo que ver, ya que la verdad es distinta del saber, la verdad tiene estructura de ficción y depende por ello del semblante. También se entiende que las mujeres puedan ser ubicadas como la verdad de un hombre, en la medida en que ellas reducen las sublimaciones masculinas a mentiras y encarnan, en tanto que *La mujer no existe*, el fracaso de su concepto.

¿Qué sería una verdadera mujer? Hay una respuesta muy simple para esto. Lo verdadero en una mujer, en el sentido de Lacan, se mide por su distancia subjetiva relativa a la

posición de la madre. Ser una madre, la madre de sus hijos, consiste para una mujer en elegir querer hacerse existir como *La*. Hacerse existir como *La* madre es hacerse existir como *La* mujer en tanto que tiene.

¿Cuándo se le escapó este grito a Lacan: *¡esa es una verdadera mujer!*? Por un lado, es siempre de este modo como debe usarse esa expresión, pues no se trata de construir el concepto de la verdadera mujer. La verdadera mujer solo puede decirse de una en una y en una ocasión, porque no es seguro que una mujer pueda mantenerse en esa posición. *Esa es una verdadera mujer* solo puede decirse como *tyché*, con un grito de sorpresa, ya sea para maravillarse o para horrorizarse, cuando se percibe que la madre no ha colmado en ella el agujero. Esto es algo que se articula con el sacrificio de los bienes y, quizás por eso, ese grito lo merece una mujer precisamente cuando ha consentido con la modalidad propia de la castración. Lamento pues no poder ofrecerles un modelo de madre suficientemente buena, como Winnicott, ni un modelo de esposa que sostiene.

Por otro lado, querría decir algo más sobre un personaje que nos ofrece una figura, nos da un modelo, seguramente extremo –no es para identificarse– del *es una verdadera mujer*, siguiendo la indicación de Lacan. El lo indica mucho más discretamente que yo, pero como ha pasado ya mucho tiempo, me parece que hoy se puede presentar a Medea.

Medea había hecho todo por su hombre, Jasón. Había traicionado a su padre, a su país, había convencido a las hijas de Pelias de matarle; y por esa razón vivía en el exilio, en Corinto, junto a su marido y a sus hijos. Esto está señalado al comienzo de la pieza de Eurípides, donde se dice explícitamente que ella se esforzaba en consentir a

todo lo que quería Jasón. No había ningún disenso, era la esposa y la madre. Si quieren, un poco criminal, un poco bruja, pero como esposa y madre, perfecta. En ese momento Jasón le anuncia que quiere casarse con otra, con la hija de Creón. Como lo dice Medea, es un ultraje. Y ella conoce lo que podríamos llamar, como diríamos hoy, un momento de depresión. En sus propias palabras, ha perdido la alegría de vivir, es presa del llanto, y tenemos ese canto tan hermoso *-de cuantos seres tienen alma y pensamiento somos las mujeres los más desdichados*. Jasón viene a decirle lindas palabras, darle explicaciones, quiere darle seguridad en cuanto a sus buenas intenciones. Se va a hacer cargo de los hijos, va a pagar sus gastos... Ella rechaza los dones porque, como lo dice explícitamente, ya está en una zona donde el tener no tiene ningún valor si le falta ese hombre.

¿Cómo elabora su venganza? Ella no mata al infiel. Sería demasiado simple. Su venganza será matar lo que él tiene de más precioso, es decir, su nueva esposa y *sus* propios hijos. Eurípides muestra de forma admirable el valor extremo de este acto, Medea es presentada como una madre que ama profundamente a sus hijos. Habla con encanto de lo que son, de lo que esperaba de ellos, de cómo hubiesen estado con ella hasta su muerte, de cómo la hubiesen acompañado en su entierro. Pero ahora está preparada para matarlos y lo hace -por eso se trata de la obra de teatro más horrible-. Mata a sus propios hijos, que son también los de Jasón, y en ese momento la mujer se pone por encima de la madre. No se trata de imitarla, sino de reconocer ahí un ejemplo radical de que ser mujer está más allá de lo que es ser madre. Con ese acto sale de su depresión. Ella es toda en ese acto. A partir de ahí todas las

palabras son inútiles; sale decididamente del reino del significante.

Ahora bien, hay que agregar, aunque no lo voy a desarrollar, algo que está muy presente en toda la pieza, el saber de Medea. La palabra *episteme* es adecuada y le va bien a Medea. Lacan se refiere una vez a *Medea*, en unos versos en los que ella aparece en la posición del sabio, de aquel que sabe, y no sin un eco respecto de la posición del analista. En efecto, los versos que Lacan cita, en exergo de “La Juventud de Gide”, no son los que evocan el crimen de Medea, sino los que ella le dirige a Creón: *si das al vulgar ignorante pensamientos nuevos y sabios, no dirán que eres un sabio sino un inútil. Y si hay quien te considere superior en saber a los que pasan por sabihondos, te verán en la ciudad como un ser ofensivo.*

Para Lacan, el acto de una verdadera mujer, no voy a decir que sea el acto de Medea, incluso si tiene la estructura de un acto, es como él lo adelanta discretamente, el sacrificio de lo que tiene de más precioso para abrir en el hombre un agujero que no se podrá cerrar. Sin duda es algo que va más allá de toda ley y todo afecto humano, pero no porque esto se juegue superficialmente, como pensaba Goethe. Una verdadera mujer explora una zona desconocida, sobrepasa los límites, y si Medea nos da un ejemplo de lo que hay de extraviado en una verdadera mujer, es porque explora una región sin marcas, más allá de las fronteras.

También hay que subrayar que actúa con el menos y no con el más. En el seno mismo de una situación donde aparece sin defensa, encuentra una espada mortal. Logra hacer del menos su propia arma, un arma que tiene más fuerza y más eficacia que todas las armas de guerra.

Agreguemos también que lo hace por un hombre, en una estricta relación con un hombre.

Lacan ha reconocido el acto de Medea en el acto de la mujer de Gide. Se la podría ridiculizar, esposa virgen, protestante, de espíritu pequeño burgués, presa de las ideas de su entorno social, y que permaneció al lado de Gide en la posición de un ángel sacrificado e inmutable. Pero lo que Lacan puntualiza es, precisamente, su acto de quemar las cartas de André Gide, que ella misma nombra como su bien máspreciado. Eran las cartas de amor de André Gide, una correspondencia que habían mantenido año tras año, desde el primer encuentro. Pero él también nos dice que eso era lo que él tenía de más valioso, que nunca había tenido una correspondencia más hermosa, que era el hijo que nunca tuvieron. Es en este contexto en el que encontramos la frase de Lacan refiriéndose a Gide: *Pobre Jasón, no reconoce a Medea*. En efecto, no reconoce a Medea en su esposa, en su angelical esposa. ¡Pobres hombres, que no sabe reconocer las Medeas en sus esposas! Es que no hay aquí un justo medio, como un personaje de la obra de Eurípides anhelaría. No hay negociaciones, sino una emergencia de lo absoluto. Tanto en el caso de Medea como en el de Madeleine, se trata de responder a la traición del hombre castigándolo.

El no tener y el tener

Lacan señala igualmente que no hay límites a las concesiones que una mujer puede hacer a un hombre, de su cuerpo, de su alma, de sus bienes. *Concesiones* significa aquí *ceder*, es decir, que cada una es capaz de llevarse hasta el no tener y de realizarse ahí como mujer.

El hombre lacaniano, tal como atraviesa los Seminarios y los *Escritos*, es por el contrario un ser pesado, incómodo, incordiado por el tener. El tener es para él un estorbo, y como él tiene algo que perder, está condenado a la prudencia. El hombre lacaniano es fundamentalmente miedoso, y si va a la guerra, es para huir de las mujeres, para huir del agujero. El hombre no es sin semblantes, los que le sirven para proteger su pequeño tener. No es el caso del semblante propiamente dicho, el semblante femenino, que es máscara de la falta.

Se podría hablar de la subjetivación del órgano genital en el hombre a título de *el tener* -el tener que le inspira sentimientos encontrados: una superioridad de propietario, pero también el miedo de que le usurpen su bien-. He aquí una cierta cobardía masculina que contrasta con el sin límites femenino.

El tener está claramente vinculado con la masturbación. El goce fálico es por excelencia un goce de propietario. Eso significa que el sujeto no da a nadie la llave de la caja, llegando a veces incluso hasta protegerse con la impotencia, y esto de un modo satisfactorio. Y cuando ocurre que finalmente da, es como si fuese víctima de un robo, a tal punto que conserva por añadidura la masturbación como refugio para preservar un goce para sí mismo: *uno para ella y uno para mí*.

Contrariamente a Freud, Lacan pensaba que no hay solución para una mujer del lado del tener y que, en esa vertiente, siempre resultan falsedades o inautenticidad. ¿Qué significa vivir bajo la significación del tener? Para responder voy a introducir ese personaje que es *la mujer con postizo*.

La mujer con postizo

La mujer con postizo es la mujer que se agrega artificialmente lo que le falta, con la condición obtenerlo de un hombre, aunque siempre en secreto. Para ella, parecer es esencial, pero en tanto él figure como siendo de su propiedad. Aclaremos una ambigüedad del concepto de mujer fálica. Mujer fálica se dice en más de un sentido: una se constituye del lado del tener, la que llamo *la mujer con postizo*, la otra del lado de ser el falo. Las dos no tienen nada que ver, aunque se puedan encontrar divididas en la misma mujer.

Una mujer que se constituye del lado de ser el falo, asume su falta en tener. Es a partir de esa falta reconocida que logra ser el falo que falta a los hombres. Por el contrario, la otra esconde su falta en tener y hace la parodia, da muestras de ser la propietaria a quien no le falta nada ni nadie. Continúa siendo igual a una mujer, lo que se nota en el carácter salvaje con el que protege su bien, con un rasgo de *hybris*, de exceso. La segunda, la del lado del ser, al contrario, hace ostentación de la falta. A los ojos del hombre, una mujer verdadera, en el sentido de Lacan, le permite manifestarse como deseante, en tanto que ella asume el menos y los semblantes que hacen el juego.

En cambio, la mujer con postizo denuncia al hombre como castrado, se completa así con un hombre, mientras se mantiene a su sombra. Es el sujeto más conservador posible, pide que no se la mire de cerca y exige un enorme respeto, esto es, la distancia necesaria para hacer creer que el postizo es verdadero. Exige el respeto como algo que se le debe de forma absoluta. Una mujer verdadera, al contrario, demuestra al hombre que el tener es ridículo. En

cierto modo es la ruina del hombre. Está más tranquilo haciendo pareja con la mujer con postizo, depositando su propio bien a salvo en una caja fuerte. Como no parece castrada, la mujer con postizo no amenaza al hombre, pues no exige de él que sea deseante.

Encontramos en Lacan la palabra *postizo* en la página 825 de la edición francesa de los *Escritos* (1), cuando habla de la ausencia de pene que hace de la mujer falo. Lacan aconseja evocar dicha ausencia haciendo portar a la mujer un postizo debajo de un disfraz de baile. Esto no es una iniciativa propia de la mujer, lo que se demuestra en esa simple complacencia con el deseo del hombre, prestándose a su fantasma. Y ese hombre es el que no tiene miedo a la castración, al no tener femenino, pues ese postizo lacaniano no está hecho para hacer pensar que ella lo tenga. Al contrario, es la señal de que ella no lo tiene, indica su falta y la pone en evidencia. En tanto que es manejado por un hombre, confiesa ser un postizo. Es un postizo que dice *soy un postizo*, de la misma manera que el *Esto no es una pipa* en el cuadro de Magritte. El postizo lacaniano es un semblante que confiesa ser un semblante, mientras que, por el contrario, el postizo de la mujer con postizo es un postizo mentiroso. Es un semblante que dice *Esto no es un semblante*. Ella quiere que los otros creen que tiene. De ahí el valor que da al respeto y que considere ultraje cualquier falta de respeto. Se podría decir que la mujer con postizo quiere al respeto como a sí misma, retomando la frase de Freud referida a *los que aman su delirio como a sí mismos*. Correlativamente, respeta los semblantes masculinos y los adopta, mientras que una mujer verdadera puede no respetar a nadie ni a nada, y denunciar el falo mismo como un semblante respecto del goce.

El supuesto saber de las mujeres

Es a partir de la sexualidad femenina, y de ningún otro lugar, que se ha podido ubicar al goce propiamente dicho en tanto que desborda al falo y al todo-significante. La Iglesia, antes del psicoanálisis, había reconocido a las mujeres verdaderas. Las percibió como una amenaza, y elaboró para ellas la solución de casarlas con Dios. Y así es como, aún en nuestros tiempos, algunas pronuncian votos perpetuos de obediencia, de pobreza y de castidad que encuadran el goce más allá del falo. Ellas significan que ningún hombre puede estar al nivel de ese goce, y que se necesita nada menos que a Dios para eso. Y el no tener femenino se asume con el voto de pobreza como propone la Iglesia.

No es por azar que sea un autor católico como León Bloy quien haya escrito la novela *La mujer pobre* para ubicar la posición femenina fundamental. A partir de ahí, se podría ubicar tanto el origen del infinito como la función del secreto. El secreto estructural de la palabra, en tanto que hay algo que no se puede decir, debe situarse del lado de las mujeres. Puede ser condición de goce para ellas hasta el punto de poder gozar del secreto como tal y constituir a la mentira misma como objeto pequeño *a*. De ahí la famosa cuestión de la ignorancia de las mujeres –qué enseñarles, cómo educarlas– que atraviesa la historia, hasta el punto de que a veces las mujeres terminan por creerse ignorantes. Ocurre en verdad que una mujer encarne lo que no se puede decir, un saber secreto, velado, y por esa razón se la sitúa como sujeto que supuestamente sabe. Todo ese ruido acerca de lo que hay que enseñarles no alcanza a esconder el miedo varonil hacia el saber supuesto a las mujeres.